

»No sé pues cómo pueda encarecerte
El poder deste mágico adivino:
Solo en tu menester quiero ofrecerte
Lo que ofrecerte puede un su sobrino;
Mas para que mejor esto se acierte,
Será bien que tomemos el camino,
Pues es la hora y sazón desocupada
Que podremos tener mejor entrada.»

Luego de allí los dos nos levantamos,
Y atando á mi caballo de la rienda
A paso apresurado caminamos
Por una estrecha y intrincada senda
La cual seguida un trecho nos hallamos
En una selva de árboles horrenda,
Que los rayos del sol y claro cielo
Nunca allí vieron el umbroso suelo.

Debajo de una peña socavada
De espesas ramas y árboles cubierta,
Vimos un callejón y angosta entrada,
Y más adentro una pequeña puerta,
De cabezas de fieras rodeada,
La cual de par en par estaba abierta
Por donde se lanzó el robusto anciano
Llevándose trabado de la mano.

Bien por ella cien pasos anduvimos
No sin algún temor de parte mía,
Cuando á una grande bóveda salimos
Do una perpetua luz en medio ardía,
Y cada banda en torno della vimos
Poyos puestos por orden, en que había
Multitud de redomas sobrecritas
De ungüentos, yerbas y aguas infinitas.

Vimos allí del lince preparados
Los penetrantes ojos virtuosos
En cierto tiempo y conjunción sacados,
Y los del basilisco ponzoñosos;
Sangre de hombres bermejos enojados,
Espumajos de perros, que rabiosos
Van huyendo del agua, y el pellejo
Del pecoso quersidros cuando es viejo.

También en otra parte parecía
La coyuntura de la dura hiena,
Y el meollo del cencrio, que se cria
Dentro de Libia en la caliente arena;
Y un pedazo del ala de una harpía,
La hiel de la biforme Anfisibena,
Y la cola del áspide revuelta,
Que da la muerte en dulce sueño envuelta.

Moho de calavera destroncada
Del cuerpo que no alcanza sepultura,
Carne de niña por nacer sacada
No por donde la llama la natura,
Y la espina también descoyuntada
De la sierpe cerastes, y la dura
Lengua de la emorrois, que aquel que hiere
Suda toda la sangre hasta que muere.

Vello de cuantos monstruos prodigiosos
La superflua natura ha producido,
Escupidos de sierpes venenosos,
Las dos alas del yáculo temido,
Y de la seps los dientes ponzoñosos,
Que el hombre ó animal della mordido,
De súbito hinchado como un odre,
Huesos y carne se convierte en podre.

Estaba en un gran vaso trasparente
El corazón del grifo atravesado,
Y ceniza del fénix que en oriente
Se quema él mismo de vivir cansado;
El unto de la scítala serpiente,
Y el pescado equineis, que en mar airado
Al curso de las naves contraviene,
Y á pesar de los vientos las detiene.

No faltaban cabezas de escorpiones,
Y mortíferas sierpes enconadas,
Alacranes y colas de dragones,
Y las piedras del águila preñadas;
Buchos de los hambrientos tiburones,
Menstruo y leche de hembras azotadas,
Landres, pestes, venenos, cuantas cosas
Produce la natura ponzoñosas.

Yo que con atención mirando andaba
La copiosa botica enbebecido,
Por una puerta que á un rincón estaba
Vi salir un anciano consumido,
Que sobre un corvo junco se arrimaba;
El cual luego de mí fué conocido
Ser el que había corrido por la cuesta
Que apenas le alcanzara una ballesta;

Diciéndome: «No es poco atrevimiento
El que siendo tan mozo has hoy tomado
De venir á mi oculto alojamiento,
Do sin mi voluntad nadie ha llegado;
Mas porque se que algún honrado intento
Tan lejos á buscarme te ha obligado,
Quiero por esta vez hacer contigo
Lo que nunca pensé acabar conmigo.»

Visto por mi apacible compañero
La coyuntura y tiempo favorable,
Pues el viejo tan áspero y severo
Se mostraba doméstico y tratable,
Se detuvo mirándome primero
Con un comedimiento y muestra afable,
Por ver si responderle yo quería;
Mas viéndome callar le respondía,

Diciendo: «¡Oh gran Fiton, á quien es dado
Penetrar de los cielos los secretos,
Que del eterno curso arrebatado
No obedecen la ley á ti sujetos!
Tú, que de la fortuna y fiero hado
Revocas cuando quieres los decretos,
Y el orden natural turbas y alteras
Alcanzando las cosas venideras;

»Y por mágica ciencia y saber puro
Rompiendo el cavernoso y duro suelo,
Puedes en el profundo reino oscuro
Meter la claridad y luz del cielo,
Y atormentar con áspero conjuro
La caterva infernal, que con recelo
Tiembra de tu eficaz fuerza, que es tanta
Que sus eternas leyes le quebranta.»

»Sabrás que á este mancebo le ha traído
De tu espantoso nombre la gran fama,
Que en las indias regiones estendido
Hasta el ártico polo se derrama;
El cual por mil peligros ha roído
Tras su deseo corriendo que le llama
A celebrar las cosas de la guerra,
Y el sangriento destrozo desta tierra.

»Que estando así una noche retirado
Escribiendo el suceso de aquel día,
Súbito fué en un sueño arrebatado
Viendo cuanto en la Europa sucedía;
Donde le fué asimismo revelado,
Que en tu escondida cueva entendería
Estraños casos dignos de memoria,
Con que ilustrar pudiese más su historia;

»Y que noticias le darías de cosas
Ya pasadas, presentes y futuras,
Hazañas y conquistas milagrosas,
Peregrinos sucesos y aventuras,
Temerarias empresas espantosas,
Hechos que no se han visto en escrituras:
Este encarecimiento le molesta,
Y nos tiene suspensos tu respuesta.»

Holgó el mago de oír cuán estendida
Por aquella región su fama andaba,
Y vuelta á mí la cara envejecida
Todo de arriba abajo me miraba;
Al fin con voz pujante y espedida,
Que poco con las canas conformaba,
Y aspecto grave y muestra algo severa,
La respuesta me dió desta manera:

«Aunque en razón es cosa prohibida
Profetizar los casos no llegados,
Y es menos alargar á uno la vida
Contra los estatutos de los hados:
Ya que ha sido á mi casa tu venida
Por incultos caminos desusados,
Te quiero complacer, pues mi sobrino
Viene aquí por tu intérprete y padrino.»

Diciendo así, con paso tardo y lento
Por la pequeña puerta cavernosa
Me metió de la mano á otro aposento,
Y luego en una cámara hermosa,
Que su fábrica estraña y ornamento
Era de tal labor y tan costosa,
Que no sé lengua que contarla pueda,
Ni habrá imaginacion á que no esceda.

Tenia el suelo por orden ladrillado
De cristalinas losas transparentes,
Que el color contrapuesto y variado
Hacia labor y visos diferentes;
El cielo alto, diáfano, estrellado
De innumerables piedras relucientes,
Que toda la gran cámara alegraba
La varia luz que dellas revocaba.

Sobre columnas de oro sustentadas
Cien figuras de bulto en torno estaban,
Por arte tan al vivo trasladadas,
Que un sordo bien pensara que hablaban;
Y dellas las hazañas figuradas
Por las anchas paredes se mostraban,
Donde se via el extremo y excelencia
De armas, letras, virtud y continencia.

En medio desta cámara espaciosa,
Que media milla en cuadro contenia,
Estaba una gran poma milagrosa,
Que una luciente esfera la ceñia;
Que por arte y labor maravillosa
En el aire por sí se sostenia,
Que el gran circulo y máquina de dentro
Parece que estribaban en su centro.

Después de haber un rato satisfecho
La codiciosa vista en las pinturas,
Mirando de los muros, suelo y techo
La gran riqueza y varias esculturas,
El mago me llevó al globo derecho,
Y vuelto allí de rostro á las figuras,
Con el corvo cayado señalando
Comenzó de enseñarme así hablando:

«Habrás de saber, hijo, que estos hombres
Son los mas desta vida ya pasados,
Que por grandes hazañas sus renombres
Han sido y serán siempre celebrados;
Y algunos que de baja estirpe y nombres
Sobre sus altos hechos levantados
Los ha puesto su próspera fortuna
En el mas alto cuerno de la luna.

»Y esta bola que ves y compostura
Es del mundo el gran término abreviado,
Que su difícilísima hechura
Cuarenta años de estudio me ha costado:
Mas no habrá en larga edad cosa futura,
Ni oculto disponer de inmóvil hado,
Que muy claro y patente no me sea,
Y tenga aquí su muestra y viva idea.

»Mas pues tus apariencias generosas
Son de escribir los actos de la guerra,
Y por fuerza de estrellas rigurosas
Tendrás materia larga en esta tierra,
Dejaré de aclararte algunas cosas
Que la presente poma y mundo encierra,
Mostrándote una sola que te espante,
Para lo que pretendes importante.

»Que pues que en nuestro Arauco ya se halla
Materia á tu propósito cortada,
Donde la espada y defensiva malla
Es mas que en otra parte frecuentada:
Solo te falta una naval batalla
Con que será tu historia autorizada,
Y escribirás las cosas de la guerra
Así de mar tan bien como de tierra.

»La cual verás aquí tal, que te juro
Que vista la tendremos por dudosa,
Y en el pasado tiempo y el futuro
No se vió ni verá tan espantosa;
Y el gran Mediterráneo, mar seguro
Quedará por la gente victoriosa,
Y la parte vencida y destrozada
La marítima fuerza quebrantada.

»Por tanto á mis palabras no te alteres,
Ni te espante el horrisono conjuro,
Que si atento con ánimo estuvieres
Verás aquí presente lo futuro;
Todo punto por punto lo que vieres
Lo disponen los hados, y aseguro
Que podrás como digo ser de vista
Testigo y verdadero coronista.»

Yo con mayor codicia por un lado
Llegué el rostro á la bola trasparente,
Donde vi dentro un mundo fabricado
Tan grande como el nuestro, y tan patente:
Como en redondo espejo relevado
Llegando junto el rostro claramente,
Vemos dentro un anchísimo palacio
Y en muy pequeña forma grande espacio.

Y por aquel lugar se descubria
El turbado y revuelto mar ausonio,
Donde se definió la gran porfia
Entre César Augusto y Marco Antonio:
Así en la misma forma parecia
Por la banda de Lepanto y Favonio
Junto á las Curchulares acia el puerto
De galeras el ancho mar cubierto.

Mas viendo las divisas señaladas
Del papa, de Felipe y venecianos,
Luego reconocí ser las armadas
De los infieles turcos y cristianos,
Que en orden de batalla aparejadas
Para venir estaban á las manos,
Aunque á mi parecer no se movian,
Ni mas que figuradas parecian.

Pero el mago Fiton me dijo: «Presto
Verás una naval batalla estraña,
Donde se mostrará bien manifiesto
El supremo valor de vuestra España;
Y luego con airado y fiero gesto
Hiriendo el ancho globo con la caña
Una vez al través, otra al derecho,
Sacó una horrible voz del ronco pecho,

Diciendo: «Orco amarillo, Cancerbero,
O gran Pluton, rector del bajo infierno,
O cansado Caron, viejo barquero,
Y vos, laguna Estigia y lago Averno,
O Demogorgon, tú, que lo postrero
Habitas del tartáreo reino eterno,
Y las hervientes aguas de Aqueronte,
De Leteo, Cocito y Flegetonte;

Y vos, furias, que así con crüeldades
Atormentais las ánimas dañadas,
Que aun temen ver las íferas deidades
Vuestras frentes de víboras crinadas:
Y vosotras, gorgóneas potestades,
Por mis fuertes palabras apremiadas:
Haced que claramente aquí se vea,
Aunque futura esta naval pelea.

Y tú, Hécate ahumada y mal compuesta,
Nos muestra lo que pido aquí visible.
¡Hola! ¿A quién digo? ¿Qué tardanza es esta,
Que no os hace temblar mi voz terrible?
Mirad que romperé la tierra opuesta,
Y os heriré con luz aborrecible,
Y por fuerza absoluta y poder nuevo
Quebrantaré las leyes del Erebo.

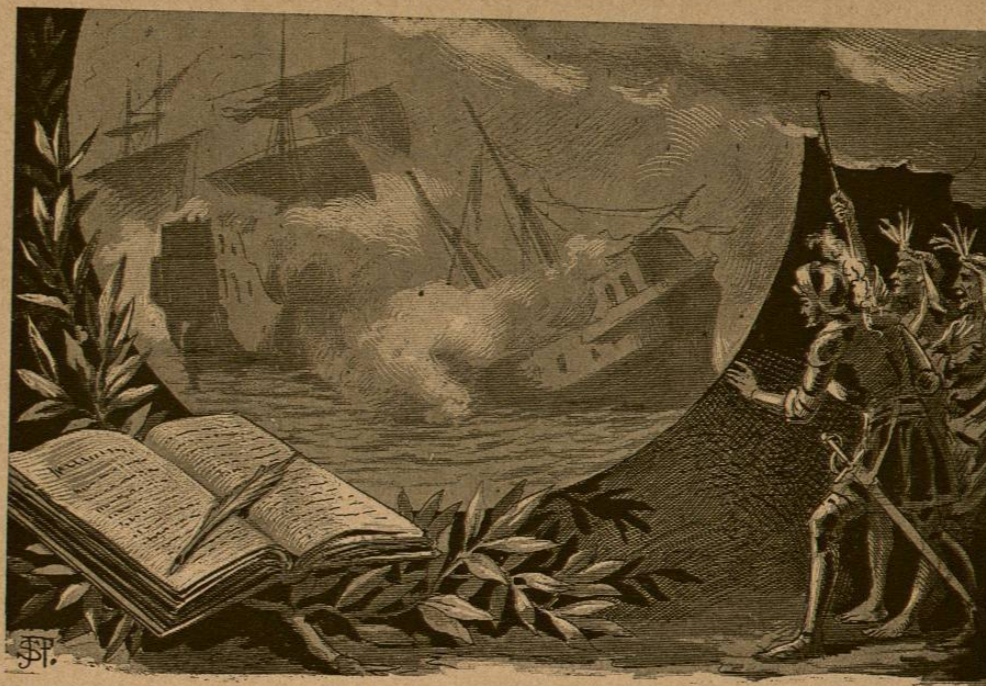
No acabó de decir bien esto, cuando
Las aguas en el mar se alborotaron,
Y el seco lesnordeste respirando
Las cuerdas y anchas velas se estiraron,
Y aquellas gentes súbito anhelando
Poco á poco á moverse comenzaron,
Haciendo de aquel modo en los objetos
Todas las demás causas sus efetos.

Mirando, aunque espantado, atentamente
La multitud de gente que allí habia,
Vi que escrito de letras en la frente
Su nombre y cargo cada cual tenia;
Y mucho me admiró los que al presente
En la primera edad yo conocia
Verlos en su vigor y años lozanos
Y otros floridos jóvenes ya canos.

Luego pues los cristianos dispararon
Una pieza en señal de rompimiento,
Y en alto un crucifijo enarbolaron,
Que acrecentó el hervor y encendido:
Todos humildemente le salvaron
Con grande devoción y acatamiento,
Bajo del cual estaban á los lados
Las armas de los fieles coligados.

En esto con rumor de varios sonos
Acercándose siempre caminaban;
Estandartes, banderas y pendones
Sobre las altas popas tremolaban;
Las ordenadas bandas y escuadrones
Esgrimiendo las armas se mostraban
En torno las galeras rodeadas
De cañones de bronce y pavesadas.

Mas en el bajo tono que ahora llevo
No es bien que de tan grave cosa cante,
Que cierto es menester aliento nuevo,
Lengua mas espedida y voz pujante.
Así medroso desto no me atrevo
A proseguir, señor, mas adelante:
En el siguiente y nuevo canto os pido
Me deis vuestro favor y atento oido.



CANTO XXIV

Dase noticia de la gran batalla naval, del desbarate y rota de la armada turquesca con la huida de Ochali

La sazón, gran Felipe, es ya llegada
En que mi voz de vos favorecida
Cante la universal y gran jornada
En las ausonias olas definida:
La soberbia otomana derrocada,
Su marítima fuerza destruida,
Los varios hados, diferentes suertes,
El sangriento destrozo y crudas muertes.

Abridme, ó sacras musas, vuestra fuente,
Y dadme nuevo espíritu y aliento
Con estilo y lenguaje conveniente
A mi arrojado y grande atrevimiento,
Para decir estensa y claramente
Deste naval conflicto y rompimiento,
Y las gentes que están juntas á una
Debajo deste golpe de fortuna.

Tomo I

¿Quién bastará á contar los escuadrones
Y el número copioso de galeras,
La multitud y mezcla de naciones,
Estandartes, enseñas y banderas,
Las defensas, pertrechos, municiones,
Las diferencias de armas y maneras,
Máquinas, artificios é instrumentos,
Aparatos, divisas y ornamentos?

Vi croatos, dalmacios, esclavones,
Búlgaros, albaneses, trasilvanos,
Tártaros, tracios, griegos, macedones,
Turcos, lidios, armenios, georgianos,
Sirios, árabes, licios, licaones,
Númidas, sarracenos, africanos,
Jenizaros, sanjacos, capitanes,
Chances, rehelerbeyes y bajanes.